

JOSÉ MARÍA ESPINAR

**EL ASESINATO DE
LORD CONAN WHITEHALL**

Un jurado presidido por
Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por
Ángel Luis Gómez Blázquez y Ana Díaz Alonso,

y compuesto por:
Luis Mateo Díez Rodríguez,
Manuel Longares Alonso,
Ángel Basanta Folgueira,
Pilar Adón,
Penélope Acero Cayuela, editora,
y María José Sánchez Lorenzo,
que actuó como secretaria,

otorgó a la presente obra el
XXII PREMIO TIFLOS DE NOVELA
convocado por la



JOSÉ MARÍA ESPINAR

EL ASESINATO
DE LORD
CONAN
WHITEHALL

XXII PREMIO TIFLOS DE NOVELA


CASTALIA
EDICIONES

 edhasa

En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de



edhasa

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa

Ilustración de la cubierta: Vintage grabado de Apley.
Hall es una casa de renacimiento gótico inglés situado en Stockton,
Shropshire. Walker Art Library / Alamy Foto de stock

Primera edición impresa: mayo de 2020

Primera edición en e-book: junio de 2020

José María Espinar, 2020

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2020

Diputación, 262, 2ª1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-9740-864-6

Depósito legal: B. 8465-2020

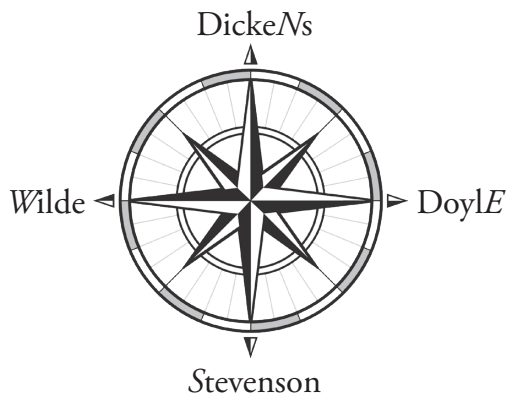
Producido en España

*A mi padre, por su amor volcánico.
(Ahora sí que sí).*

*A mi madre, por quererme tanto
a pesar de caerle tan mal.*

«Tradición es pasar el fuego,
no la adoración de las cenizas».

Gustav Mahler



NOTA DEL AUTOR

Estimados lectores:

Las frases en cursiva y sin entrecomillar que vais a leer a lo largo de la novela pertenecen a obras de Dickens, Doyle, Stevenson y Wilde.

Gloria y honor a ellos.

EPISODIO I

(Norton, Northamptonshire, UK, enero de 1891)

No sonaba el fonógrafo de lord Conan a través de la ventana abierta, ni a él se le veía tomando su whisky bajo el porche del ancestral hogar de los Whitehall. Sentado él, con los pies en alto sobre aquel cojín de pana negra, releyendo *Balada de otoño* al resplandor de una lámpara de Argand*, mientras fumaba una pipa (a buen seguro recién curada por algún convicto de la prisión del condado), saludando él con un enarcado de sus selváticas cejas a quien, barrido por los vientos del azar, pasara junto a su terraza. Nada de esto ocurrió para desgracia suya. En menos de dos horas moriría asesinado.

La trágica noche de la que se alimenta la novela que ahora tienes entre las manos llegó de manera violenta, porticada por un día del color de la ceniza, todo un día con el cielo disfrazado de calamidad. Llovía espesamente. Las gotas estallaban en los cristales de la casa como granos de maíz lanzados al fuego. El camino principal que atravesaba la finca, mandado hacer por el mismísimo Cromwell* siglos atrás para llevar sus tropas a Naseby, rebosaba en las orillas. Los charcos traían el recuerdo de la sangre. Los robles estremecían sus ramas sacudidos por los estrangulamientos del aire. Los relámpagos resquebrajaban las vidrieras del cosmos; los truenos, a nada que las colinas tomaran descuido, se apozaban en su coronilla. Parecía que el

firmamento inglés hubiera roto aguas, que estuvieran, sí, las nubes vomitando una borrachera de estaño.

En el interior de la casa, lord Conan Whitehall acababa de rellenar su vaso. El pulso le temblaba. Volcó la botella un poco más. El hielo, la única pieza que siempre capturaba con un pellizco de sus dedos, crujió al contacto del licor. Nuestro viejo noble devoraba con preocupación una nota encontrada bajo la puerta de su vivienda justo después del mediodía. Alguien había arrastrado un sobre a su nombre bajo la entrada principal. Reginald, el mayordomo, lo había recogido cuando se disponía a pasear a Jekyll y Hyde, los dos *greyhounds* de la familia. Un mensaje anónimo que lo cambiaba todo porque lo recordaba todo.

Lord Conan se recostó sobre el sofá del salón justo cuando un rayo se desgarraba en el exterior. La fanfarria de trompetas que acompañó al destello hizo que los cimientos de la mansión se sacudieran. La boca del aristócrata británico propalaba el humo del tabaco imitando las gesticulaciones de un tiburón. La lámpara del techo, como un octópodo de cobre, regalaba golletazos a aquella habitación con sus movimientos, provocados por la corriente de algún postigo mal encajado.

Había que ponérselo difícil a los que estuvieran por venir, el listón era alto e inflexible. Había que demostrarles a los antepasados que podían sentirse orgullosos de sus herederos. El podio familiar se alzaba con paso determinado a cada nuevo eslabón. Los muertos educaban a los vivos. Así llevaban centurias. Ser un Whitehall dolía como una maldición, pero recompensaba como un principado. Volvamos a la habitación.

Toda enmaderada, con vidrieras tintadas y con el suelo escamado por alfombras, la estancia imponía una ostentación prorrogada en el tiempo. Aquel apellido encarnaba el poder estable

más allá de los remolinos sociales de un mundo impredecible. *Las hileras de armas bruñidas en vitrinas de cristal*, los cuadros de autores clásicos, las librerías prietas de conocimiento, las esculturas renacentistas, las joyas expuestas y las joyas guardadas no eran sino esquejes de un cordón umbilical que unía a sir Graham Whitehall, fundador de la estirpe allá por el siglo XII, con el último miembro de la saga. Papel desempeñado a la sazón por el pequeño Paul, de cinco años, y bisnieto de lord Conan.

Un gato tuerto, llamado Prince Otto, afilaba sus uñas en la alfombra del fondo, la que terminaba a los pies de un enorme reloj de caja. Sonaba una adaptación para piano de las danzas húngaras de Brahms* en el fonógrafo regalo del mismísimo Edison*. Sonaba también el fuego de una chimenea tan grande que parecía una cueva. Las llamas eran rubicundas, del calor del whisky, del color de los cristalillos de la lámpara del techo, del rumor del gato tuerto, que ahora se desperezaba mientras jugaba con un cascabel. El telón de fuego crepitante de la chimenea parecía separar dos mundos.

Lord Conan *había descornado las cortinas de raso verde oliva, forradas de azul brillante*. Desde niño le gustaba contemplar el impacto del agua sobre los ventanales. Muchas horas en su infancia hubo de pasar postrado en cama por culpa de una tuberculosis, entreteniendo su imaginación con cualquier cosa. Parecía que la lluvia echase espumarajos de rabia al no poder penetrar el vidrio emplomado. En aquella propiedad transcurrió su infancia y en aquel hogar había decidido esperar a la muerte, de oído fino.

Acunaba lord Conan su mirada entre fugaces vaivenes: de la nota a la ventana que contenía los mordiscos de la tormenta; de la nota a la chimenea que arrebolaba crestas del tama-

ño de un tigre; de la nota a sus recuerdos más profundos, los que estaban guardados a candado en el cofre de las memorias prohibidas. Sus emociones eran litúrgicas, socavadas de remordimiento. De remordimiento y horror. *El fantasma de un pecado antiguo, el cáncer de una oculta vergüenza, el castigo había llegado con paso lento muchos años después, cuando ya el hecho se había borrado de la memoria y el egoísmo había dado por liquidada la falta.*

Pegó un trago en *adagio* para enardecer la garganta. Apuró la bebida. Las mejillas se le doraron. Le gustaba la vida así, al uso inmovilista de sus ancestros, viviendo de unas copiosas rentas ganadas en las colonias. Le gustaba la rutina cenobita que llevaba en su propiedad desde que quedase viudo hacía casi cinco años. Lo llamaba con lisonja su club Diógenes. Libraba allí excentricidades; disfrutaba del esplendor del hogar; archivaba bagatelas; paseaba por sus propiedades disfrazado de explorador; supervisaba las labores agrícolas con ansia faraónica; paladeaba las noticias que le traían los éxitos (y escándalos) de sus descendientes; escribía artículos para la *Royal Navy Review*.

¡Ah, la mar y lord Conan!, el viejo Whitehall había embarcado todas sus pasiones sobre ella a los veintidós años. La mar sin límites que lo llevó hasta el archipiélago de las Laquedivas, frente a las costas indias, donde le aguardaban la gloria y la aventura. La mar surcada en millares de páginas, anhelada de cabo a golfo después de su regreso forzado a casa con los baúles repletos de riqueza. Y es que hubo de retornar a la madre patria, sin llegar a cumplir los treinta, porque su esposa se le moría de fiebres en tierras asiáticas. Fue una de las decisiones más duras de toda su vida. No venció el amor, ganó la responsabilidad. Hubo de renunciar a su sueño de vivir explorando y lo hizo con la sádica elegancia de la educación más exquisita.

Eso sí, no pudo reprimir una rozadura de rencor hacia su mujer en cada mirada posterior. Lord Conan camufló su dolor de nostalgia y nadie, ni siquiera ella, supo entender que la nostalgia duele tanto como un hueso roto.

Antes de despedirse de la India nuestro hombre dejó atada y bien atada una empresa especiera que le reportaría cientos de miles de libras sin apenas tener que involucrarse en el devenir del negocio. Eligió a Naraka Maliku, hijo de un jefe de la isla de Minicoy que destacaba por su inteligencia, y lo nombró testaferro de su firma, la Whitehall Fast Spices Company. Entre patrón y representante existía un vínculo inquebrantable: el honor de una promesa sellada con sangre a la luz de la luna, según el rito indígena del lugar. Ambos se cortaron un tajo en sus manos con un cuchillo ceremonial. Unieron su rojo líquido en una esponja que después lanzaron al mar. Esperaron hasta ver la aleta dorsal de un tiburón atraído por el olor sanguíneo. Entonces pronunciaron el juramento. «Hazte rico haciéndomelo a mí. Si me robas, te mato», «me haré rico haciéndotelo a ti. Si te robo, mátame», dijeron los dos mientras el agua nocturna se agitaba a causa de la desesperación del escualo al no encontrar alimento.

El joven Naraka logró que la fortuna de lord Conan fermentara hasta lo increíble, al tiempo que él mismo se convertía en uno de los hombres más influyentes del mar arábigo. Viajaba dos veces al año a Londres para cuadrar balances con su jefe, aunque en realidad aquellas visitas se reducían al ingreso por la mañana, en el banco de Cox & Co de Charing Cross, de unos pagarés obscenamente suculentos y a asistir por la tarde a una cena en su honor en el apartamento que el noble británico ocupaba en Bond Street. Se habían celebrado ya ochenta banquetes y todos y cada uno de ellos terminaban de

la misma manera: con lord Conan y Naraka enardecidos por el vino español, enseñando a los invitados las cicatrices de sus manos como muestra de la indestructible lealtad que los unía.

Pero concentrémonos ahora en el salón de la mansión campestre de los Whitehall en Norton, pues a nuestro personaje le queda menos de una hora de vida. Su asesino acecha. La maldita nota que le llagaba las manos había dinamitado la felicidad de nuestra víctima, rememorándole los ecos de un acontecimiento casi olvidado, ¡casi olvidado! Un hecho que él mismo había hundido a plomo en los océanos de su memoria. No era posible, ¿quién podía reflotar un peso muerto de tanta densidad? Habían pasado más de sesenta años desde aquellos terribles sucesos.

Súbitamente percibió de reojo cómo en el exterior una persona cruzaba por delante de las ventanas. Los faroles iluminaron la repentina aparición de un contorno humano. Lord Conan distinguió sin equívocos una pelliza acharolada. Alguien acababa de pasar, y ese alguien lo había hecho por el porche de la casa. Fue cuestión de segundos, lo que se tarda en dar dos o tres pasos. ¡Por Júpiter!, ¿quién demonios podría ser?, con tal aguacero ni tan siquiera el más tenaz de los acreedores osaría salir de su casa.

La puerta principal no quedaba lejos del ventanal enrejado por el que había visto al misterioso sujeto. Sin embargo, nadie sacudió la aldaba, nadie voceó pidiéndole que le dejara entrar. Cosa que, desde luego, no pensaba hacer, salvo que fuera alguien muy favorito a su corazón. Reginald, el mayordomo, tenía la noche libre, como todos los jueves desde hacía veinte años. En aquellos instantes a buen seguro se encontraría borracho jugando al bridge en una mesa de la taberna The White Horse. No regresaría hasta el día siguiente a las diez de la maña-

na, arrastrando un fuerte dolor de cabeza y una asumible deuda. Jekyll y Hyde, los dos perros guardianes, dormían en las cuadras para proteger de zorros y traficantes a un nuevo potrillo que había matado a la yegua en el parto. Nuestro anciano estaba solo. Se sintió indefenso.

Lord Conan arrojó la nota a una butaca próxima donde reposaba una carpeta con importantes documentos de propiedad; el papel hizo un escorzo antes de tocar el cojín de pana negra. Se incorporó, intentó beber un whisky que ya no quedaba en el vaso y apagó la pipa con el pulgar, mientras se le encendía el pecho. Detuvo la música provocando un desagradable sonido de arrastre al retirar la aguja del cilindro de cera y se dirigió a la ventana.

Nada más tocar la falleba, el viento golpeó los cristales haciendo que estos retrocedieran. La lluvia atacó su rostro con la virulencia de un avispero. A lo lejos un relámpago acuchilló el cielo, de inmediato todo un templo de fanfarria caía escombrado sobre el mundo.

—¿Hay alguien ahí? Lara, ¿es usted, querida? —dijo lord Conan, que para oírse a sí mismo debía aupar la voz. Nadie contestó.

La luz eléctrica del hogar se fue de pronto. Sí, el viejo Whitehall había seguido los pasos de sus amigos sir William Armstrong* en Cragside y lord Salisbury* en Hatfield House, y desde hacía unos años contaba con generadores Siemens que le suministraban electricidad. Su hogar era un «palacio de mago moderno», como solían decir los vecinos de Norton.

El viejo noble cerró el ventanal, que más parecía un imbornal en plena tempestad. A través del cristal pudo distinguir, no sin cierto esfuerzo, las desabridas farolas de gas de un grupo de viviendas, más allá de los muros que protegían su finca. Farfu-

lló una imprecación. No le quedaba más remedio que acercarse hasta el cobertizo para comprobar que las calderas que alimentaban los generadores eléctricos no se habían atascado. La habitación no quedó a oscuras del todo, pues las brazadas de la chimenea sostenían un abanico bermejo que proyectaba sombras dantescas sobre el techo. El gato tuerto comenzó a restregar su lomo entre las piernas del anciano. Volvió a tomar asiento para reflexionar.

Tendría que salir. No sabía dónde guardaba Reginald las velas. Para colmo, en un arrebato de optimismo, la semana anterior había ordenado tirar a la basura todos los candiles de aceite. Solo le quedaba su lámpara de Argand para leer en la terraza. La cogió. ¿Quién habría pasado por el porche? ¿Un Noé fantasmagórico? ¿Con la que caía en los alrededores! Lord Conan protegió su cuerpo con un gabán que sacó del armario junto a la entrada y colocó un sombrero a su caliza cabeza. Agarró el juego de llaves y se hizo, medio a tuestas, con un bastón. Prendió el quemador de su lámpara. Abrió la puerta de nogal centenario. Hacía frío, el frío de un mundo sin Dios, o mejor, de un mundo abandonado por Dios.

La lluvia se arrastraba como magma negro. Entornó la puerta y abandonó la casa. Los rosales de la escalinata tiritaban. El carillón de hierro que colgaba del roble familiar (plantado por el mismísimo sir Graham, según imponía la tradición) recibía uno tras otro los zarpazos de una pantera disfrazada de ventisca. Alcanzó la pequeña cancela que circundaba la vivienda y la encontró abierta. Efectivamente, alguien acababa de pasar. Jamás dejaba la cancela sin cerrar, ¡jamás! No le importaba que la gente atravesara sus dominios, que los niños jugaran en sus bosques, que los enamorados caminaran cogidos de la mano por sus arboledas, pero aquella cancela era la frontera de su

intimidad. No permitía que nadie, llegado el atardecer, perturbara su enclaustramiento. De tal imposición no quedaban excusados ni siquiera los consanguíneos, aquellos familiares que vivían, imitando a los planetas alrededor del sol, en las otras casas que orbitaban la vivienda principal de la propiedad Whitehall. Solo Reginald podía entrar y salir en libertad. El mayordomo siempre cerraba la cancela porque sus hábitos funcionaban como un reloj salido de la fábrica Dennison Watch Case Company. El crepúsculo y su gemela, la noche, le pertenecían a él, a lord Conan, como a un avaro. A él y a su melliza, la soledad.

Mucho menos quiso nuestro hombre que algún lugareño, como el padre del alcalde de Norton, le diera conversación aquel día. Después de haber leído la sobrecogedora nota dejada bajo su puerta de nogal centenario no necesitaba sino la dictadura del silencio. Y es que aquel octogenario admirador, conocido en la zona como Adam *el cojo* por un accidente de infancia, sentía devoción por lord Conan y siempre que pasaba por la propiedad Whitehall, cosa que provocaba casi a diario, le pedía que le narrara historias de sus periplos allá en las colonias indias. Sentenciado por infortunios del destino a una vida cruda, Adam *el cojo* logró prosperar gracias a su inteligencia y tesón. Acudía al viejo Whitehall como quien acude a un sueño. Entornaba sus ojos devorados por esas malas hierbas llamadas arrugas, estrangulaba la empuñadora de hueso de su bastón y, sin tomar asiento por respeto, escuchaba hasta el éxtasis las narraciones que lord Conan le contaba: la ocasión en la que hubo de sortear a un tigre hambriento, mientras atravesaba una selva en Bengali; cuando cruzó a nado el río Vaigai, llevando a una aldea cien dosis de eméticos para combatir un brote de influenza que estaba diezmando la población

del sureste del raj británico; el combate cuerpo a cuerpo con un jefe tribal de la isla de Kadmat por un desacuerdo de naipes; o su aventura favorita, la del accidente que tuvo con un globo aerostático en mitad de la selva de Madhya Pradesh, cuando transportaba un cargamento de cardamomo para uso clínico.

Por este y otros motivos el viejo Whitehall cerraba su cancela cuando los ecos de la torre de la iglesia de All Saints anunciaban las siete de la tarde. Se encerraba en su ataúd. Los habitantes de Norton lo sabían, hasta el padre del alcalde lo sabía. Podían los lugareños seguir disfrutando del latifundio, pero no podían molestar a su propietario. Ese mismo día, lo recordaba sin fisuras, echó el pestillo de la cancela al despachar un ineludible asunto que restablecería, de una vez por todas, la dignidad familiar. Así lo demostraba la carpeta con documentos de propiedad antes mencionada. La misma junto a la que ahora reposaba la misteriosa nota.

La finca Whitehall tenía un total de trescientos acres. Contaba con un estanque enorme, donde las carpas crecían hasta la deformidad, y una capilla de estilo gótico, bajo la que reposaban casi todos sus antepasados familiares. En la propiedad había cuatro residencias independientes. La más grande de todas, la originaria, la matriz, era la de lord Conan. A menos de doscientas yardas se erigía la casita de verano de su querido sobrino Michael, vicescanciller de la universidad de Oxford hasta hacía tan solo un año. Junto a ella, casi pegado, estaba el hogar de Matthew, padre de Michael y hermano pequeño de lord Conan. La última vivienda pertenecía a...

Llegó el viejo Whitehall al cobertizo dispuesto a abrir, no sin cierto nerviosismo, el candado del cuarto de los generadores, cuando descubrió que se le habían anticipado. El alma le dio un vuelco. La lluvia le penetró la piel. Alguien huroneaba por allí

arropándose en la oscuridad. Tiró con firmeza de la hoja metálica; las bisagras crujieron. Dio una zancada y, ya en el interior de la sala de máquinas, sacudió los hombros sin contemplaciones para desembarazarse de la placenta de agua que lo cubría.

—Andrew, ¿es usted? —dijo, llamando con una hebra de inquietud al guardián de la finca. No se le ocurría otra persona que pudiera recorrer a tales horas su propiedad bajo una tormenta tan desagradable. Pero Andrew no contestó porque se encontraba durmiendo con su mujer e hijos en su humilde granjita a las afueras de Norton, ajeno a los terroríficos acontecimientos que estaban a punto de sucederle a su señor.

La voz de Whitehall rebotó entre las paredes del cuarto. El sonido de la lluvia sobre el tejado era semejante al timbre de una cuerda de violonchelo. Sintió una punzada de miedo en el estómago. Los latidos de su corazón le colapsaron las entrañas. De nuevo vino a su mente la nota recibida de tan extraña forma aquel mediodía. Salió de la estancia de los generadores y enfocó con la lámpara de Argand el interior del cobertizo. Se trataba de una construcción bastante amplia. Un guardamuebles gigante. Allí todo parecía normalmente desordenado. Al fondo a la izquierda, la puerta del cuartito de las herramientas permanecía mal cerrada, como era habitual, porque Andrew no le hacía caso y no cambiaba el bombín de la cerradura; el bidón de aceite industrial usado, lleno hasta desbordar por uno de los laterales, esperando a que Andrew se lo llevara a la fábrica de papel; sus tres coches (la berlina, el *spider* de mimbre y el *break sport*) en fila india, justo en el centro del cobertizo; los sacos de patatas, arrinconados en otra pared; los aperos de labranza colocados de manera caótica, algo típico en Andrew; las estanterías repletas de materiales agrícolas; las sacas de alimentos para el ganado; la pirámide de leña recién cortada en el bosque de

tejos; en fin, la gavilla de paja que le había ordenado retirar a su sirviente días atrás continuaba en su lugar.

Regresó al cuarto de los generadores y alumbró con la lámpara el cuadro de mandos. Descubrió que el cable principal que conectaba batería y dinamo con el generador hidráulico estaba desenchufado. Lo arregló y pulsó el gran interruptor de color rojo que presidía aquel Leviatán mecánico como si se tratara del arca de la alianza en el *santa santorum* del templo de Jerusalén. El esqueleto de la maquinaria empezó a traquetear como un Frankenstein sacudido por descargas eléctricas. Una pequeña bombilla parpadeó hasta quedar fija en ese extraño color, mitad albaricoque, mitad durazno, que no sabe abandonar la frontera entre el amarillo y el naranja. Lord Conan giró sobre sí mismo, víctima de la desconfianza. Nadie había en el lugar, aunque alguien acababa de estar allí. El cable principal no se soltaba solo. El aristócrata se sentía observado. Tragó saliva; le supo a humo y a licor.

De pronto, al dar un paso hacia atrás, un grito espeluznante tomó el lugar. El anciano perdió el equilibrio y cayó redondo al suelo. Todo el peso de su cuerpo fue a parar sobre el codo izquierdo. La linterna salió despedida y se destripó salpicando de esperma de ballena el entablado. La lámpara central del cobertizo, después de dos esforzados pestañeos, comenzó a desparramar luz lechosa. La electricidad había vuelto. Acababa de pisar la cola del gato tuerto, que le había seguido desde el salón de la casa. El dolor del codo le subyugó por completo. Apenas si logró incorporarse. Sentía que la movilidad de su brazo había quedado muy menguada. Salió del lugar pegando una patada a una de las hojas de la puerta. Lord Conan tenía un carácter de perros a pesar de los años. Aseguró antes, por rutina, el candado de la sala de los generadores Siemens.

La tempestad iba en aumento. Ahora los faroles exteriores de la vivienda principal, alcayatados en los aleros de la puerta de nogal centenario, iluminaban el porche. Un relámpago recorrió los alrededores. Los parajes se mostraron en un rosario de flashes, todos ellos sacudidos sin piedad. Un trueno hizo que los cimientos de la casa tiritaran, hasta el anciano hubo de inclinar su dolorido cuerpo ante tan monstruoso sonido. Los ventanales trepidaron. Se estaba empapando. La ropa le chorreaba. Pensó en ir a casa de su hermano Matthew, tardaría unos minutos andando, y tomarse allí otro copón de whisky mientras Joanna, su cuñada, le curaba el brazo y le preparaba una muda seca, pero una ojeada al reloj, que marcaba una sola aguja en vertical, desterró tal idea. Corrió, pues, hacia su puerta y la cerró tras de sí, sin esperar al gato tuerto.

El salón de la mansión Whitehall volvía a recuperar la hospitalidad de un museo. La lámpara desparramaba candidez, el calor de los leños flotaba con un selecto aroma oriental. Los cristales de las ventanas se habían transformado en espejos de las llamas. Tardó un poco lord Conan en darse cuenta de que justo enfrente de la chimenea, y negándole el rostro, había una persona enfundada en una pelliza acharolada. El desconocido permanecía de pie, con las manos a la espalda, sosteniendo entre los dedos un libro. El viejo Whitehall no se quitó el abrigo, pero del susto el sombrero se le fue al suelo. Alrededor de él se formó un charco. El codo le dolía una barbaridad, apenas si podía mover el brazo.

—¿Quién es usted? Salga de inmediato de mi propiedad —exigió elevando la voz.

El desconocido no cambió de postura. Pero sí separó los brazos, dejando caer el libro sobre la mesa que antecedía a la chimenea, una mesa de barco, de esas que tienen bisagras en

los laterales y unos pliegues móviles de madera que se suben para que la tempestad no arruine una buena tertulia a bordo. Luego, el misterioso visitante dispuso sus manos junto a la lumbre. Cogió un hurgón y atizó con él los leños creando una zarabanda de centellas.

El viejo Whitehall repitió la pregunta, esta vez acompañada de una amenaza. El intruso permaneció impasible. Lord Conan estaba a unos diez pasos de aquel sujeto que había invadido su intimidad. Ante tal actitud pensó en marchar fuera en busca de ayuda, pero la lluvia que arreciaba hacía inviable tal opción. Los únicos que podían auxiliarle eran su hermano Matthew y su mujer Joanna. Sin embargo, pensó que si el intruso traía intenciones criminales no sería nada bueno abrirle las puertas de otro hogar. Ellos estaban a salvo. Barajó la posibilidad de usar su telégrafo particular, el que tenía en su despacho, para avisar a la estación de policía de Daventry, pero desechó tal idea al entender que el auxilio tardaría demasiado tiempo en llegar. Se fijó en el libro que el misterioso visitante había dejado caer sobre la mesa. *Leyendas de ayer y de hoy de Northamptonshire*, de Sybill Trelawney. Las piezas encajaron en su mente. Lord Conan era sumamente inteligente, y supo que se enfrentaba al fantasma de la muerte encarnado en aquel hombre. ¡La nota anónima! Y digo hombre, pues hombre era seguro por la fortaleza de su complexión, por su composición craneal y por el pelo corto, como trigo radiante, que le laqueaba la cabeza. Lord Conan sintió mucho miedo, además de una sensación de desvalimiento, por culpa del dolor del codo.

Los retiñidos de la lumbre recién sacudida se adueñaron del salón. Whitehall no sabía qué hacer. El desconocido no componía ningún ademán de girar sobre los talones y enseñarle su identidad. No hacía escorzo ni pronunciaba palabra. Sencilla-

mente aguardaba inmóvil frente a la chimenea, con las manos extendidas sobre el fuego. Unas manos que parecían dos águilas sobrevolando un incendio. No se giraba. Continuaba de espaldas, abismado en el silencio, precipitando a lord Conan en el pánico.

—Si no abandona usted mi casa a la orden de ya, tendré que obligarle a hacerlo yo mismo, ¡vive Dios si esta arma no me ayuda! —bramó el noble agarrando con su mano derecha un cortaplumas turco que acababa de sacar de un mueble próximo.

—Cálmese, lord Conan —dijo el visitante sin girar el cuerpo—. Ha llegado la hora de que cumpla usted con el destino.

—¿Qué está sugiriendo? —preguntó algo más seguro de sí mismo gracias a la hoja de metal.

—Los dos sabemos que usted ha vivido una vida extraordinariamente apacible. El simple hecho de apellidarse Whitehall le ha colocado en una posición privilegiada a la hora de resolver determinados problemas. Ha vivido años apasionantes allá en el raj de la India, usted mismo me lo ha contado varias veces, pero es tiempo de saldar una deuda improrrogable. ¡Ha pretendido callar la verdad! Su abominación le había sido perdonada, créame, desde lo más hondo de mi alma se lo digo, ¡le habíamos perdonado!, pero la vileza con la que ha actuado en todo lo relativo a la elaboración de este libro que he traído ha supuesto su perdición.

—¿Quién eres, muchacho? —La voz le salió al anciano sin apenas templanza.

—Soy quien ha mandado que le dejasen la nota hoy al mediodía, pero eso ya lo habrá supuesto usted —contestó el desconocido mientras al fin se daba la vuelta—. ¿Le trae a la memoria algo? No quería que mi visita le pillara de imprevisto. La justicia no debe armonizar con la sorpresa.

—¡Oh, Dios mío! ¡Usted, joven! ¿Cómo es posible? No puedo creerlo, no logro entender. Esto debe ser una broma de pésimo gusto, ¡usted! —exclamó el viejo Whitehall, zozobrando en su equilibrio al descubrir a su interlocutor.

¡Claro que lo conocía! Permaneció unos instantes enmudecido, algo más calmado. El cortaplumas abandonó su mano para reposar, después de dos zurridos de mango y punta, en la alfombra.

—Si yo era un simple niño —prosiguió lord Conan—. ¿Cómo es que usted está al corriente de aquel infortunio? Ni siquiera habían nacido sus padres. Fue tratado en el más riguroso de los secretos. Hace ya toda una vida de aquello. Yo no fui responsable, usted no me puede culpar.

—¿Infortunio? Dígaselo a él, no a mí, lord Conan —masculló el misterioso visitante con acento de conmiseración—. A él. Yo solo soy el mensajero.